



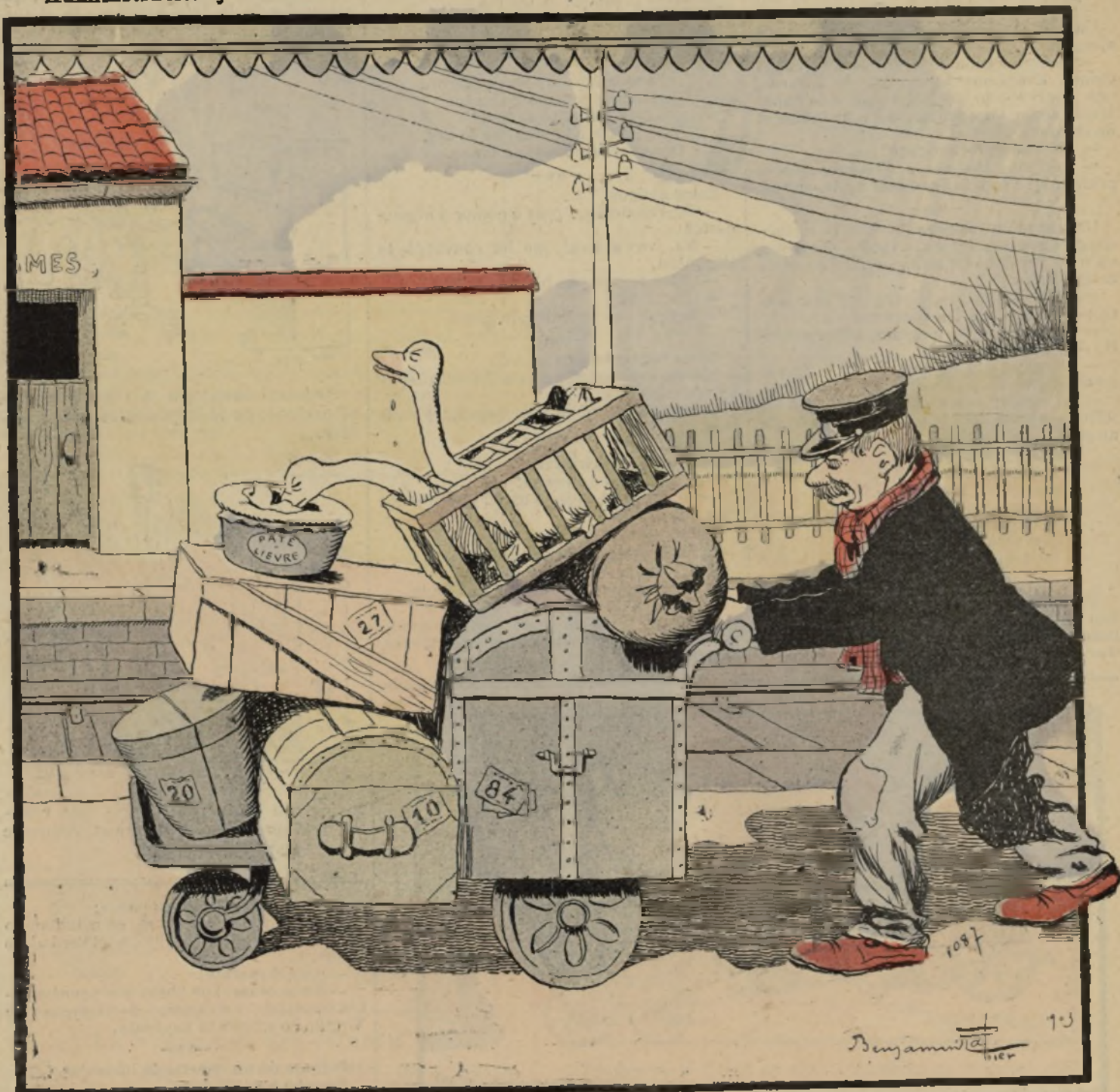
SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
	6 meses	5'50

DIRECCIÓN:
PARIS—7, Rue Cadet, 7—PARIS
Reservado todo derecho de reproducción é traducción

El pago de las subscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet, Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



— ¿Sabes que es excelente este pastel de liebre?
— ¡Como la idea que se les ha ocurrido de colocarnos en el vagón-restaurán!

Cierto poeta novel, descuidado y sucio hasta el punto de no cepillar jamás la ropa, tal vez por falta de cepillo, llevaba en las partes bajas del pantalón tanto barro en tiempo seco, que llamó la atención de un chusco, quien al pasar le dijo:

— Caballero, ¿me hace usted el obsequio de darme un poco de barro para un remedio?

El poeta se detuvo; y poniéndose en actitud de tomarlo de su pantalón, contestó:

— ¿De qué año lo quiere usted?

El tío de uno de los más pródigos galanteadores de la corte, ha pagado ya tantas cuentas de su sobrino, que cuando alguno le habla de este aturdido joven, echa maquinalmente la mano al bolsillo y exclama:

— ¿Cuánto os debe?

Un fanático espiritista dice á uno de sus amigos:

— Nuestra sesión de ayer fué interesantísima. Evocamos el espíritu de Ricardo, que murió el año pasado, después de haber vivido como un sablista, dejando infinidad de deudas.

— ¿Y cómo le reconociste?

— Pues muy fácilmente. Figúrate que lo primero que hizo fué pedirme cuatro duros.

Hallábase un maestro de escuela examinando á sus discípulos, y tocóle el turno á un niño cuya abuela se encontraba enferma de gravedad.

— Dime, Lorencito—le preguntó el maestro;—¿cuántos son los Sacramentos?

— No ha quedado ninguno, señor maestro—contestó el niño.

— ¿Cómo es que no han quedado Sacramentos? ¿es eso lo que dice el Catecismo?

— No, señor; antes eran siete; pero los últimos se los dieron esta mañana á mi abuela.

Una albarda, Nicanor
Compró al ladino José,
Y preguntó el vendedor:
— Caballero, ¿es para usted?
Y el otro, con mucha fe,
Le contestó:— Sí, señor.

Decía Mme. de Sévigné que no le gustaban los relojes que marcan los segundos, porque parten la existencia en pedacitos demasiado pequeños.

Rodríguez va á mudarse de una casa, en la que ha vivido quince años.

Un amigo suyo le manifiesta la intención de tomar la casa que deja.

— ¡No hagas semejante cosa! ¡No vivas en aquella maldita casa!

— ¿Por qué?

— Porque tiene un ambiente muy malsano. Mírame cómo estoy. ¡He envejecido en ella diez años!

Furioso, un capitán que iba conduciendo quintos, por la falta que había cometido uno de éstos en el camino, le dijo:

— Voy á arrimarte tal puntapié, que vas á parar á Sevilla.

Y el quinto, sin cortarse, le contestó:

— ¡Mi capitán! ¿quiere usted hacerme un favor?

— Habla—repuso el capitán.

— Démelo usted un poco más flojo, y me quedaré en Tocina, que es mi pueblo.

Preguntóle á un sordo Aurora
Con mucho interés y ahinco:

— ¿Está buena tu señora?

Y él, no oyendo mas que el ora,

Dijo muy serio:— Las cinco.

Entre amigos:

— Te veo de frac: ¿vas á comer á alguna parte?

— No, voy al Real; me ha convidado la Marquesa.

— Entonces, no vas bien vestido.

— ¿Por qué?

— Porque vas de frac y de gorra.

En un vagón del ferrocarril.

Dos viajeros hablan de sus habilidades, y uno de ellos dice:

— Yo toco el violín algo regular, y nada más.

— ¿De veras?

— Sí, piezas escogidas.

— ¿Toca usted á Rossini?

— No; ya le he dicho á usted que no toco más que el violín.

En la Exposición de pinturas:

— ¿De quién será este retrato?

— Seguramente de una mujer casada.

— ¿Y por qué?

— Porque tiene un gesto como el que tú pones cuando vengo del casino á las tres de la mañana.



Nuestro nuevo taburete para piano, con corredera, á propósito para soirées, sirve para hacer comprender á los músicos, de una manera delicadísima, que están dando la lata aporreando el instrumento.



Nuestro invento, á la vez que coloca al paciente en la imposibilidad de fastidiar...



... evita al mismo tiempo toda rozadura de amor propio, cosa muy frecuente en semejantes ocasiones.

Un estudiante dice á su padre:

— Los autores que ahora se estudian no son ni el verdadero Virgilio, ni el verdadero Homero.

— ¿Qué disparate!

— No lo creas. Los libros que usamos están impresos, y en tiempo de Homero y de Virgilio no existía la imprenta.

Delante de un cuartel de inválidos.

Un niño á su madre:

— Mamá, ¿por qué le han cortado los dos brazos á ese soldado?

— Porque siempre estaba metiéndose los dedos en las narices.



EL NENE. — Di, ama; cuando yo sea mayor como este caballero, ¿conduciré mismo el coche?



—Pero, señora, ¿qué me da usted? No es éste el periódico que le pido.

—En primer lugar, esto no es un periódico, señor posma; si abriese usted un poco esas gateras y no fuese tan zo-penco, ya hubiera advertido que es un suplemento ofrecido graciosamente á los lectores.



La venganza del cliente

—¡Cuánto me alegro de encontrar á usted, doctor! He de pedirle un obsequio.

—Pues no tiene usted más que mandar.

—¿No conocería usted, por ventura, un buen médico?



—¿Sabes qué hora es?

—No; pero podemos calcularlo en seguida. Hemos salido á las cinco del cuartel y estamos en el saludo doscientos catorce. Como en esta ciudad parece que el término medio son cincuenta y siete saludos por hora, no deben de estar muy lejos las nueve.



EL AMIGO. — Llego en mala ocasión, ya lo veo: venía á convidarte para un almuerzo.

—Lo siento, chico; pero ya te haces cargo... me estoy levantando de la mesa...

— Pepito, no grites. ¿No sabes que la abuelita tiene dolor de cabeza?
 — No me oye.
 — ¿Por qué?
 — Porque ha echado el cerrojo.

— — —
 Un rico enseñaba sus alhajas a un filósofo.

— Os doy gracias por las soberbias joyas que partís conmigo — dijo el filósofo.
 — ¿Cómo que parto con vos?
 — Me permitís que las contemple, ¿y qué otra cosa podéis hacer con ellas más que mirarlas también?

— — —
 — Diga usted, don Melchor: ¿por qué tolera usted que su mujer le pegue?
 — Porque el médico le ha aconsejado que haga ejercicio.

— — —
 En la casa de huéspedes:

— ¡Agua! ¡Agua!
 — ¿Hay fuego?
 — No, señora: es que me quiero lavar.

— — —
 Un tren se detiene, y un viajero pregunta al mozo del restaurán de la estación:

— ¿Cuánto tiempo paramos aquí?
 — Dos minutos. Si quiere bajar el señor, la comida está servida con sopa, cuatro platos, dos postres y café.

— — —
 Un bebé a quien su papá, que es pintor, está retratando:

— ¿Papá, por qué no me retratas comiendo bombones?

En una escuela:

El maestro explica al más torpe de sus discípulos la posición de los cuatro puntos cardinales.

— Vamos a ver: a tu derecha está el Norte, a tu izquierda el Sud; ¿qué es lo que tienes delante?

— Las narices.

— — —
 Diálogo entre una madre muy hermosa y una hija muy discreta:

— ¿Qué darías, hija, por tener mi belleza?

— Lo que tú darías por tener mi edad.

— — —
 — ¡Caramba! ¿qué frío hace! Mi termómetro ha bajado muchísimo.

— Haga usted lo que yo...

— ¿Qué hace usted?

— Lo meto en agua caliente.

— — —
 La mujer está furiosa.

El marido permanece inflexible.

— Nada, no te canses, no salimos a veranear.

— Mi salud exige que salgamos...

— Ni a Carabanchel.

— El médico me ha recetado un cambio de aires.

— Eso es fácil: muda de abanico.

— — —
 Un diputado rural:

— Acabo de publicar mis discursos en dos tomos.

— ¿En dos tomos!

— En dos: el primero trae los sí, y el segundo los no.

Buena precaución



— Chico, no te ofendas porque no acepto esa copa que me ofreces; no es que me falte sed; pero, ¿quién me asegura que luego dé yo con mi casa?

— Pues esto a mí no me preocupa nada enteramente. ¿Ves cómo lo arreglo?



... Llevo ya a prevención un letrero en la espalda, con las señas de mi domicilio.



EL SEÑOR CURDILÓN (de regreso al hotel, donde ha llegado a medios pelos, se ha equivocado de puerta y de cama). — ¡A ver, mozo!... media hora hace que estoy llamando... ¡Cierre usted, cierre en seguida la ventana!... ¿no ve usted cómo penetra la lluvia?

Sólo faltaba un convidado y había pasado la hora de comer.

Todos estaban sorprendidos de que el retrasado fuera el hombre más exacto y prudente de la reunión.

— Debe estar gravemente enfermo — dijo uno de los convidados.

— No, porque enviaría recado aunque estuviese en la agonía. Debe estar de cuerpo presente.

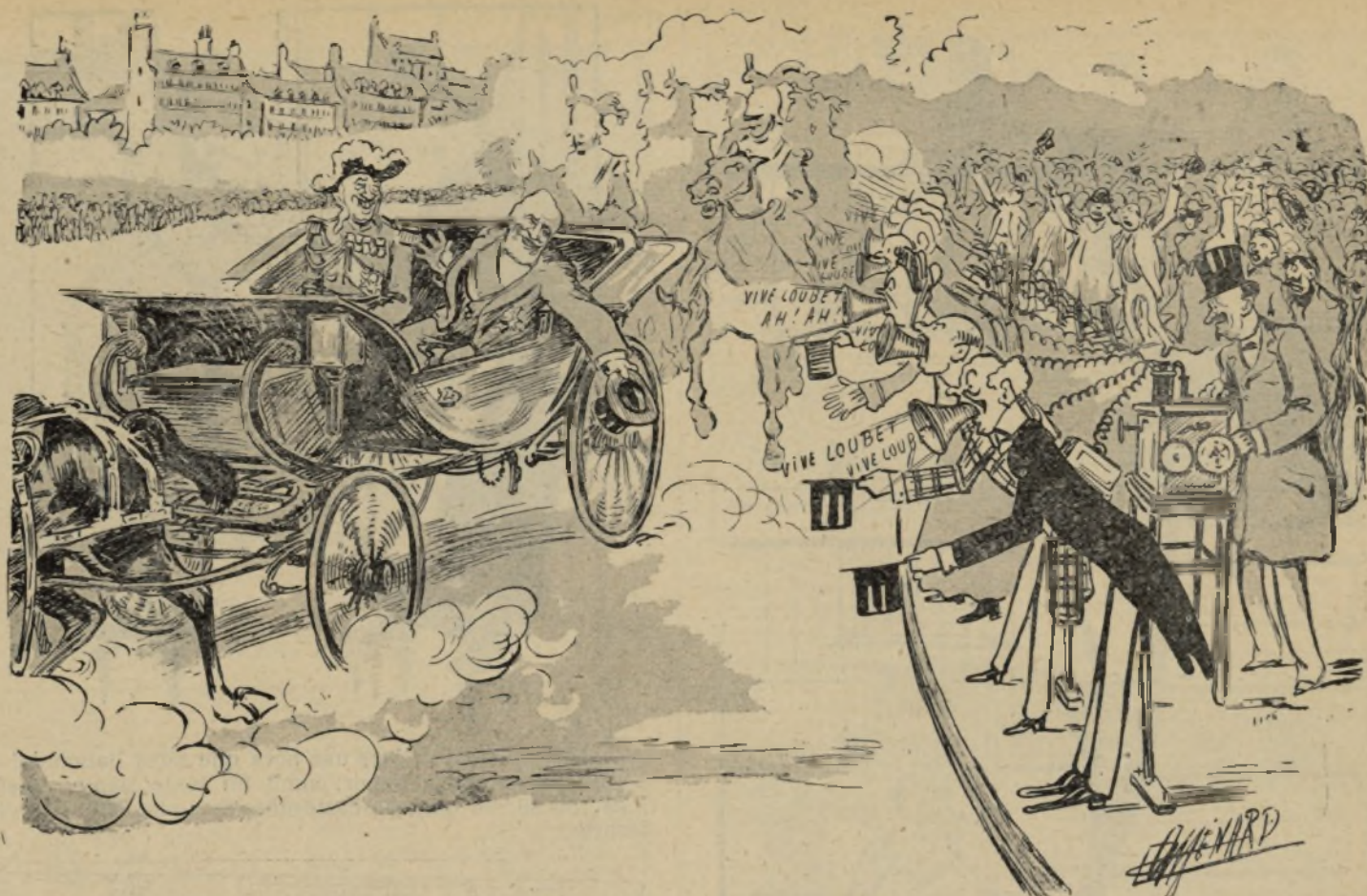
— Tampoco. Se nos aparecería su espíritu para disculparse. Es que se le ha perdido la balanza.

— ¿Qué balanza?

— Aquella en que pesa las palabras que ha de pronunciar durante la comida.

— Pero, hombre, ¿cómo gritas tanto? El médico ha dicho que sólo tienes un dolor sordo...

— Pues por eso grito, para que me oiga y se marche.



Maniquies fonógrafos para estimular á las muchedumbres

Quien haya parado mientes en ello, habrá observado que, más de una vez, al paso de un personaje político, la multitud permanecía fría, es decir, falta de estímulo. Hoy día, gracias á nuestros maniquies eléctricos entusiasmógenos, que se colocan en el sitio por donde debe pasar la comitiva, y que un solo hombre puede maniobrar apretando un botón, la muchedumbre, al oír los estridentes gritos que aquéllos lanzan á los cuatro vientos, aclama á rabiar. (Estos maniquies pueden pronunciar mil gritos diferentes con sólo cambiar el cilindro de los fonógrafos).

Oyese el estrépito de la rotura de un cristal.

El amo sale precipitado y pregunta:

— ¿Qué es eso, José?

— Nada, que se ha caído una botella, con suerte: sólo se ha hecho dos pedazos.

— ¿Y á eso llamas suerte?

— Sí, señor, porque si se hubiera roto en pedazos chicos, me habría costado mucho trabajo recogerlos.

Decía un huésped á su compañero de cuarto:

— Chico, anoche cuando entré en nuestra habitación, estabas durmiendo boca arriba y puedo asegurarte que no he visto cosa más horrible.

— ¿Tan feo estaba?

— Tú mismo puedes juzgarlo, colocando esta noche un espejo á los pies de tu cama y contemplándote en él cuando duermas. Verás como tengo razón.

Verificábanse en un pueblo los ensayos de una zarzuela, cuyos productos se destinaban á la beneficencia, y el alcalde asistía á ellos con el objeto de castigar á los músicos que faltaren.

El director observó que uno desentonaba y dijo:

— Falta un sostenido.

— ¡Pues á la cárcel con él, en cuanto venga! — dijo el alcalde; — ya tengo dicho, que no quiero que falte nadie al ensayo.

La plaga de las sanguijuelas del Estado



— He empleado toda mi audacia y mi perseverancia para que me recomendasen á varias personas de alta significación, á fin de obtener un empleo del Estado.



— Pero como las solicitudes son numerosas, es preciso esperar años y años una plaza vacante. Así determiné, mientras la aguardaba, dedicarme á un oficio incompatible con mis gustos y mi elevación de miras... y es claro, no salí adelante.



— En fin, ahora que ya estoy en posesión de mi empleo, considérome harto viejo para llegar á ser algo. Por este motivo, me guardaré muy bien de aconsejar á ningún joven inteligente que busque su porvenir en los empleos del Estado.



- ¡Eh! ¡señor Jumerá... a... a...!
 — ¿Qué hay?
 — ¡Ha llegado una carta urgente, para usted!
 — ¿Urgente? ¿urgente? ¡Pues, dígame que suba... corriendo!



El final de una carrera

— ¡Pobre mataloté!... ¡Ya ni fuerzas te quedan para aplastar á los transeúntes! ¡Has de acabar de una cornada!



- ¿No oye usted? ¡Hace una hora que estoy llamando!
 — Dispense usted, señor; como fui tanto tiempo telefonista, no se me quita la costumbre de no hacer caso de los timbres.



- ¿Aun no ha llegado el tren de las 3 h. 2?
 — ¿El tren de las 3 h. 2? Ha partido ya, caballero; ¡si son las 3 y 24!
 — ¡Cómo se entiende esto! ¡Ha salido el tren á la hora indicada y usted no ha avisado! ¡Buena la hemos hecho si los trenes salen á las horas señaladas! A ver, traiga usted el registro de reclamaciones.

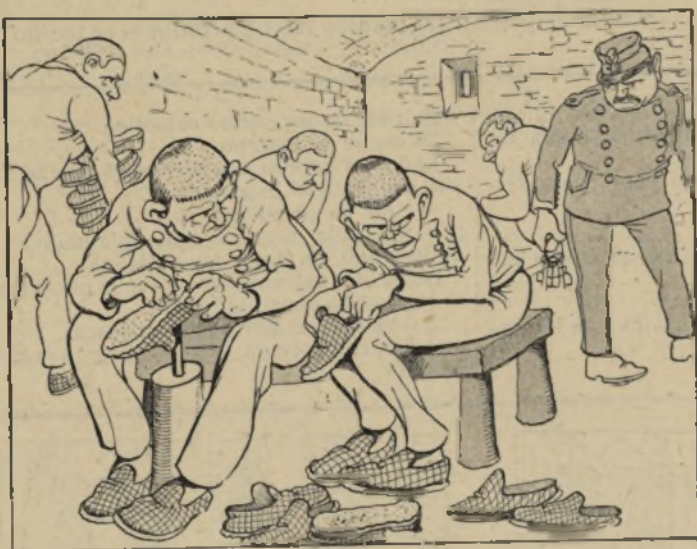
Una vida de artista



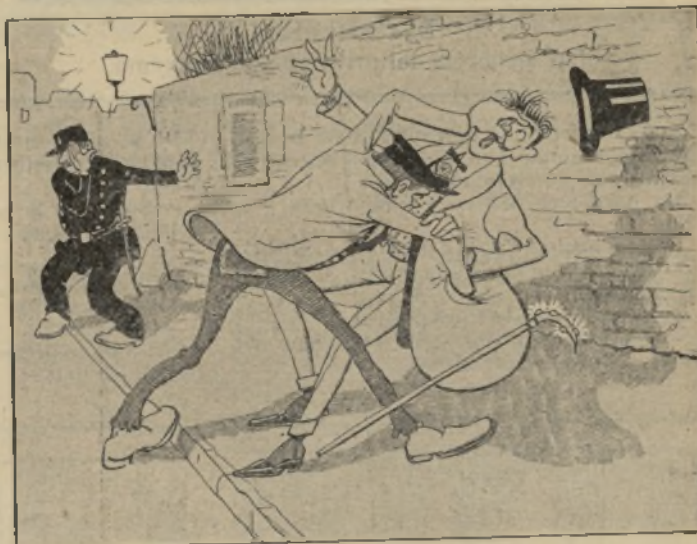
Los debuts de este artista fueron muy difíciles; á pesar de su verdadero talento, no lograba llamar la atención. No se descorazonaba por esto y trabajaba siempre buscando la manera de perfeccionarse.



Un periódico, por fin, se hizo eco de sus hazañas y habló mucho de él. Pronto fué conocido del público entonces. Un proceso ruidoso llevóle á la cumbre de la celebridad.



Como consecuencia de dicho proceso, pasó algunos años en un establecimiento especial, donde el contacto de elevadas personalidades le perfeccionó en su carrera artística.



Salió de allí tan hábil, que ya no vaciló en la profesión á que debía dedicarse. Ganó grandes sumas ejerciéndola, como justa recompensa á los esfuerzos de su juventud.



¡Qué satisfacción para su amor propio la de pasearse con arrogancia recibiendo los homenajes que tributa el público á las personalidades célebres!



Hoy no ejerce ya. Vive en paz y tranquilidad en un apartado retiro, y cuenta su vida á los jóvenes. Esto prueba que no le basta á un artista tener talento: necesita asimismo valor y perseverancia.



Distracción

Las fechorías del prestigio del uniforme.



— No me toquéis... ¡el médico me ha prohibido el tocino!

Los tabajeros de una ciudad se hacían tal competencia, que llegaron á regalar la carne á sus parroquianos.

Un carnicero detuvo á una criada y le dijo:

— ¡Muchacha! Toma este kilo de carne.

— Gracias — contestó la mujer, siguiendo su camino.

— Tómalo, que te lo regalo.

— No me conviene: me lo regalan sin hueso en la mesa de al lado.

De un sabio eminente á quien sus conciudadanos costearon un panleón, decía un amigo suyo:

— Su patria le ha puesto casa, cuando no le hacía falta para nada.

Pepito limpiaba ayer el polvo de sus botas con la gorrita.

— ¡Niño! eso no se hace.

— Como te oí decir el otro día que los extremos se tocan...

En casa de un autor dramático. Es noche de estreno.

La mujer espera con ansiedad al marido, y le pregunta al llegar:

— ¿Qué ha sucedido?

— ¡Oh! Hija mía: me han aplaudido con entusiasmo. Dame la enhorabuena.

Llega otro estreno y se repite la pregunta.

— ¿Que ha ocurrido?

Y responde el marido con tristeza:

— Ten resignación, querida mía: ¡nos han silbado!



— Beber el te cuando acaba de hervir, es la cosa más deliciosa del mundo; por otra parte, tarda mucho en hacer la ebullición, y como voy leyendo mientras aguardo, muchas veces me duermo; así, para lograr mi objeto, tomo mis precauciones, porque, de lo contrario...



... no bebería yo mi taza de te...



... así que entra en ebullición.

Encontráronse dos escoleros (ambos muy *ratas*) en una de las principales calles, miráronse de reojo y tomaron por distinto camino.

— ¡A diez céntimos escobas! — gritó el uno, con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¡A cinco céntimos escobas de palma, el escoberoool! — gritó el otro.

El que pregonaba á diez céntimos, creyendo que era el precio más bajo á que podían venderse, volvió pies atrás y le dijo á su compañero:

— Pero, hombre; si yo robando las palmas, los palos y el cordel, pierdo vendiéndolas á diez céntimos, ¿cómo diablo te las compones tú para venderlas á la mitad?

— Es que yo — contestó el otro, — las robo hechas, y todo es ganancia.

—•••—

En un café:

— Mozo, tráigame usted todo lo necesario para escribir.

— No puede ser.

— ¿Por qué?

— Porque una de las cosas más necesarias es talento.

—•••—

Un pobre tintorero, impregnadas las manos de campeche, tuvo que prestar juramento en un tribunal, y apenas levantó la mano, le dijo el juez:

— Quítese usted los guantes.

— Póngase usted los anteojos — le replicó el otro con viveza.

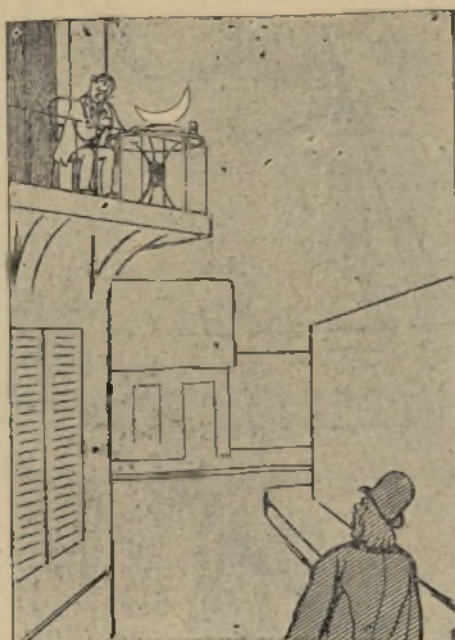
—•••—

— Ni un solo día como en casa — decía un vividor.

— ¿A tantos convites tienes que acudir?

— No es eso; es que el día que no me convidan, me quedo sin comer.

Ilusión óptica



EL DOCTOR. — Vamos, ya está mi enfermo comiendo melón, á pesar de habersele prohibido. ¡Y que no está mala raja!

EL ENFERMO. — Buenas tardes, doctor. Aguarde usted que entre la mesilla, y bajo á abrir.

— ¡Tomal! ¡Era la luna!



— Esos parsienses han pensado bromearse conmigo, encerrando la bujía para que no pueda soplarla...



... Pero yo soy tanto ó más pillín...

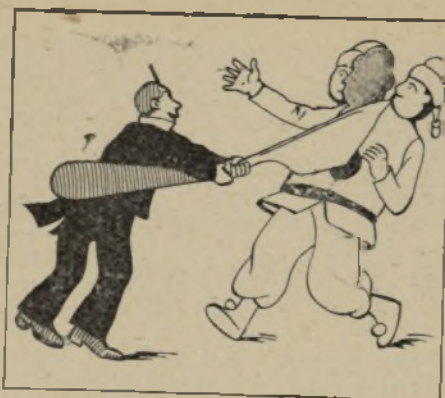


... que ellos.

Broma de circo



El payaso gordinflón y Augusto sostienen un vivo altercado.



Un navajazo aplicado de mano maestra pone fin á la discusión.



— ¡Qué magnífico golpe! — dice para sí Augusto. — Ni siquiera ha chistado.



Pero, ¡oh sorpresa! como dos trozos de serpiente, las respectivas mitades del payaso se alejan á la cozcujita.



Horrorizado á la vez que estupefacto ante aquella extrañeza, Augusto echa á correr detrás del fenómeno. En los bastidores queda todo explicado.



El payaso gordinflón se componía sencillamente de dos hombres reunidos bajo una máscara y un mismo traje.

Un coronel mandó á su asistente á enterarse de la función que se hacía en el teatro. El cartel anunciaba *Muérete y verás*. Al volver el asistente, le preguntó su amo: — ¿Qué comedia echan? Y el interpelado, por no perder el respeto á su superior, contestó: — ¡Muérase usía y verá usía!..

Uno que la echaba de inteligente en caballos, vió en una feria á un caballero muy anciano y corto de vista, que había sido su maestro, y le dijo: — ¿Cómo es posible, señor mío, que venga usted á esta clase de ferias, cuando no es capaz de distinguir un caballo de un asno? — Hombre, pues bien le he distinguido á usted en seguida.

Ella. — Me parece, Arturo, que en estos seis meses de matrimonio, tu amor ha disminuido.

(Arturo hace un movimiento). — ¡Oh! no te esfuerces en negarlo; para sostener lo contrario, hubieras tenido que casarte con una mujer más necia que yo. El (inconsolable). — ¿Qué quieres? No la he encontrado.

— ¡Hola! ¿qué tal? — Perfectamente. — ¿Has estado enfermo? — No. — Decían por ahí que te hallabas en peligro de muerte, y si vieras qué inquietos y qué alarmados estábamos tus amigos. — ¡Diablo! Vas á hacerme creer que os debo algo.

El General duque de Vivonne mandaba el ejército francés en Italia, y escribía desde Mesina á Luis XIV:

— «Señor, para que nuestras armas salgan triunfantes, necesitamos diez mil hombres.»

Dió la carta á su secretario para que la cerrase, y éste añadió: «Y un general.»

Al ver confesarse á un murmurador sempiterno, decía uno de sus conocidos: — Lo hace para hablar alguna vez mal de sí propio.

Una señora tomó el tren, y al llegar á la mitad del viaje, se presentó el revisor de billetes.

La señora dió el suyo y medio de la niña que la acompañaba.

El revisor miró á ésta, y dijo: — Me parece que es demasiado crecidita para medio billete.

— Sí — contestó la madre; — cuando tomé el medio billete, la niña era más pequeña; pero marcha el tren tan despacio, que ha crecido durante el viaje.

Escena americana:

Un yanqui se presenta en el despacho del ferrocarril y pide nueve billetes enteros y treinta y tres medios, para niños menores de siete años.

— ¡Ah! ¿Es un colegio? — dice el empleado; — entonces tiene usted derecho á rebaja.

— De ningún modo. Viajo con mis mujeres y mis hijos.

El yanqui era mormón.

Reflexión de un bohemio:

— Hay personas que creen que sin dinero no se puede hacer nada, y están en un error; sin dinero se hacen... ¡deudas!

Entre diputados:

— Temo que no sea usted reeligido.

— ¿Por qué?

— Por no haber abierto la boca en la anterior legislatura.

— Al contrario; la abrí muchas veces involuntariamente... cuando hablaba usted.

— ¿Qué opina usted acerca del duelo?

— Que únicamente me batiría á pistola y á tres pasos de distancia.

— Hombre, no encontraría usted testigos que apadrinaran el lance...

— Pues precisamente por eso...

Un paleta pregunta á un empleado del giro mutuo:

— Diga usted, amigo: ¿cuánto me costará enviar 100 reales á mi pueblo?

— Dos reales, — le contestan.

— No es caro. Tome usted los dos reales. Y el paleta vuelve la espalda:

— Pero ¿y los cinco duros?

— ¡Ah! ¿También los he de pagar yo? ¡Qué pillería! Pues ¿no me ha dicho usted que dos reales?..

Una señora entra en la cocina en el momento en que Filomena tiene los pies descalzos, apoyados en el borde de una olla.

— Pero... ¿qué haces? ¿te has vuelto loca? La criada, sin desconcertarse:

— Estoy reblandeciéndome los callos.



Los anarquistas y el guindilla

— ¿Reparas qué moscardón?
— Me tiene la sangre frita.
— ¡Si no nos deja, lo aplasto
Contra la primera esquina!



— Me hace gracia que el cuerpo de dragones tengamos por patrón á San Jorge, cuando precisamente la fama de este santo es por haber dado muerte á un dragón.

— ¿Cómo escribirás el plural de niño?
— Gemelos.

Examen de matemáticas.

— ¿Qué es trigonometría?
— ¡Vaya una pregunta! El arte de medir el trigo.

— Vamos á ver. ¿De dónde viene el café?
¿Cómo se produce?

— Señor profesor, no puedo contestar: mi padre me lo ha prohibido. ¡es el secreto de la casa!

— ¡Hombre! ¿cómo se parece usted á su padre?

— Pues mire usted, mi padre se me parece más todavía.

— Vamos á ver, niño, si sabes decir cómo se llaman estos dos dedos de la mano que yo te enseño.

— Se llaman pulgar é índice.

— ¡Perfectamente! ¿Y para qué sirven?

— Para sonarse.

Por burlarse de un paleta,
Que se hallaba en un café,
Dos jóvenes se sentaron
Junto á su mesa, y después
De fingir que disputaban
Sin llegarse á convencer:
— Buen hombre— dijo uno de ellos,—
¿Quiere contestarme usted
A una pregunta? ¿Se dice
Dame ó deme?— Por mi fe—
Dijo el paleta,—yo creo
Que como se dice bien
Es así: ¡toma!—y le dió
Un tremendo puntapié.

Carlos Cano.

En un baile de sociedad:

El lacayo. — ¿A quién anuncio?

El invitado. — Al señor Valverde.

El lacayo (levantando la cortina). — ¡El señor marqués de Valverde!

El invitado. — ¡Pero, hombre, si no soy marqués!

El lacayo. — No importa, es un encargo de mi señora.

— Nicolasa, ahora no me queda duda de que me sisa usted. He estado en la plazuela y me he enterado de los precios.

— Señora, lo hago con buena intención.

— ¿Cómo es eso?

— Es para hacer un regalo á la señora el día de su santo.

— ¿Por qué estás tan triste, Raimundo?

— Ya ves; á mí me iba perfectamente bien con la tiendecita de modas; pero se ha muerto mi mujer, y me ha dejado solo en el mundo.



Los distraídos

— ¿Pero donde diablos habré dejado yo el sombrero?

Era Gilito propenso
A pensar; mas de tal modo
Que, si le hablaban, á todo
Contestaba:—«Pienso... pienso...»
Preguntó un quidam al tal:
— ¿Qué comes tú?—«Pienso...» dijo,
Y el otro replicó:—Es fijo
Que el chico es un animal.

— Si me hubiese fijado antes que era tan bonita, la hubiese dicho algo al pasar por delante de nosotros.

— Tal vez no te habrías atrevido.

— Pero al menos habría tenido la idea de decirselo.

— ¿Qué tiene usted, doña Inés?
— ¡Me duele tanto esta muela!..
— ¿No quiere usted que le duela,
Si la tiene del revés?

Pasatiempos

(Las soluciones en el número próximo.)

ACERTIJO

Puedo adornar la cabeza
Si conservo mi cabeza;
Y salgo de la cabeza
Cuando no tengo cabeza.

LOGOGRIFO

Si cambias una vocal
De dos que hay en cuatro letras
Hallar puedes cinco todos;
Lo que demasiado cuesta,
Lo que poco ó nada vale,
Un rey antiguo de Persia,
Un conjunto de cantantes
Y la persona primera
De un verbo que muchos usan,
Pero tan sólo de lengua.

Soluciones

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA. — Incapaz.

ENIGMA. — Pie.

ADIVINANZA. — Vela.

Imprenta de Henrich y C.ª en cta. — Barcelona

EL PÊLE-MÊLE

Es la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

BIBLIOTECA de Novelistas del Siglo XX

En el Concurso abierto por los Editores de esta Biblioteca, fueron premiadas las siguientes novelas:

Primer premio,
Pedro Mata, Ganarás el pan...
Segundo premio,
Mariano Turmo Basella, Miguelón.

Tercer premio,
Rafael Pamplona Escudero, Cuartel de Inválidos.

Recomendadas por el Jurado,
Ricardo Carreras, Doña Abulia.

Gregorio Martínez Sierra, La Humilde Verdad.

Magdalena Santiago Fuentes, Empezamos nueva vida.

José Sagarra, Vocación.

J. Menéndez Agustí, María de Abreda.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

**HENRICH Y C.^a, Editores
BARCELONA**

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisenses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y caza para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

84 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglésa, Alemana, Russa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

LUSTRE NUBIAN
Se emplea sin Cepillo.
Aplicándolo una vez cada quince días revive el cabello impermeable conservándole el brillo y el aspecto como si fuera nuevo.
De Venta en todas partes. — Exijase el Nombre y la Marca.
Para calzado de color pídale la "YOUNG'S CREAM"
C^a NUBIAN, 128, Rue Lafayette, París.

No empleéis
sino las **PLACAS JOUGLA**
Y PAPELES

LOS MESES

Texto de los Sres. Alarcón, Campomar, Cánovas del Castillo, Castelar, Echegaray, Ferrer, Mañé y Flaquer, Núñez de Arce, Palacio, Pereda, Pérez Galdós, Trueba y Valera.

Ilustración de los Sres. Benlliure, Domínguez Ferrant, Galofre, Martínez Cubells, Más y Fontdevila, Mestre, Moreno Carbonero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Villodas.

NUOVA EDIZIONE MONUMENTALE IN PAPEL VITELA
Precio del ejemplar, 80 ptas.
Por suscripción, 5 pls. cuaderno.
Henrich y C.^a, editoras. — Barcelona

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en buena calle de

San Andrés de Palomar — Barcelona

Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA